

# *Hacia una educación “cordial”*

## *Educación Humanista y Globalización: apuntes desde una perspectiva católica\**

*José Manuel GARCÍA RAMOS*

*José Ángel AGEJAS ESTEBAN*

Entiendo que no es posible sintetizar en un breve artículo todo cuanto el Magisterio de la Iglesia y la Tradición educativa católica nos aportan para el examen de una educación humanista ante el reto que supone la globalización. Por lo mismo quiero pedir de antemano disculpas por las omisiones seguramente injustas que se produzcan a lo largo de estas páginas.

### *1. MARCO DEL DISCURSO SOBRE EL NUEVO HUMANISMO*

Y la primera reflexión se dirige, inevitablemente, a la consideración del marco cultural en que este artículo se inscribe. Miles son ya las páginas escritas para hablar de la globalización, de sus logros, sus defectos y virtudes. Sabemos de sus entusiastas seguidores y de sus violentos detractores. No es cuestión de analizar aquí el hecho, pues no se pretende sino tan sólo de tomar nota del mismo y de sus rasgos más relevantes. Sociólogos y politólogos se encargan de ello. Los educadores hemos de afrontar el reto, del mismo modo que el resto de miembros activos de la sociedad. Lo recordaba el Papa a propósito de los mecanismos financieros de la globalización en un discurso dirigido a la *Fundación “Centésimus Annus” Pro Pontífice*: los procesos de globalización “no poseen en sí mismos una connotación éticamente negativa”, pero la pueden adquirir en los hechos. “Se trata –ha dicho el Santo Padre– de tomar conciencia del cambio y de hacer de modo que este juegue en beneficio del bien común. La globalización tendrá efectos muy positivos si puede ser apoyada por un fuerte sentido del carácter absoluto y de la dignidad de todas las personas humanas y del principio de que los bienes de la tierra están destinados a todos”.

---

\* Este artículo tiene su origen en una intervención pronunciada en el Congreso sobre “Católicos y vida pública” celebrada en octubre de 2000 y es heredera en gran parte de cuanto en ella se dijo.

Pues bien, tomemos conciencia del cambio y veamos qué es lo que desde la educación podemos aportar como católicos educadores, o como educadores católicos. Paso así a apuntar un segundo momento dentro de la configuración de este marco inicial: pensar en el primer elemento del binomio: "educación humanista". ¿No es esta expresión un pleonasma? ¿Es que es acaso posible una educación "no humanista"?

A mi entender la respuesta es clara, pero tampoco vamos a discutir aquí sobre el título mencionado. Es evidente que en el lenguaje coloquial se ha introducido esta terminología, lo que a mi modo de ver ya es síntoma de una de las deficiencias claras de la sociedad finisecular que vivimos, que llega a la globalización tras dar muchos pasos por un sendero, lleno de luces y sombras, que es la historia del hombre europeo moderno.

Desarrollaré el contenido de este artículo en torno a dos ejes que considero claves en el debate sobre la educación en el contexto de la globalización en el que nos encontramos: primero veremos cómo el misterio de la Redención nos propone un nuevo humanismo que, como ha mostrado en tantas de sus intervenciones el Santo Padre, es a su vez una pedagogía nueva de lo verdaderamente humano. A continuación apuntaré algunos de los rasgos concretos de esta pedagogía de lo plenamente humano que la sociedad de la globalización espera de nosotros.

## 2. NUEVO HUMANISMO Y EDUCACIÓN

El lema del movimiento impulsado por Mounier, era "Rehacer el Renacimiento". Contra lo que muchas veces se dice, el Renacimiento no fue una recuperación de la centralidad del hombre del mundo clásico, sino un renacimiento en el sentido más cristiano de la palabra: un bautismo del hombre pagano. La centralidad del discurso sobre el hombre en el Renacimiento era una centralidad del discurso sobre Dios, porque el hombre ha descubierto en Cristo la plenitud de sí mismo, y es de este modo como podemos comprender las obras geniales que los artistas de los siglos XV y XVI nos legaron tanto en pintura, como en arquitectura, literatura, etc.

Hoy el reto que tenemos los católicos es el de bautizar el anhelo de la Modernidad, que separó la centralidad del hombre de la de Dios y ha desembocado en una desquiciante carrera por suplir de mil modos diversos el vacío radical del corazón humano que dicha escisión provoca. Juan Pablo II, desde

las palabras dirigidas el mismo día de su elección a todo el mundo invitando "a abrir de par en par las puertas del corazón a Cristo", nos ha marcado la senda de este nuevo humanismo que el mundo anhela. Para quien cree, la lectura de los signos de los tiempos es la lectura del dedo de Dios que indica el sentido de la Historia: cuando la sociedad sigue una dinámica aparentemente más despersonalizadora tras las tragedias del siglo XX y la tendencia a la globalización, Él nos dice a través de su Vicario cuál es el rumbo intelectual que el mundo necesita. Desde la *Redemptor Hominis* nos invitaba a encaminar nuestros pasos hacia el Tercer Milenio con la mirada puesta en el Señor Jesús. "*Redemptor hominis*, ésta es la imagen de Cristo que, ya desde mi primera encíclica he querido "gritar" al mundo y que este Año Jubilar quiere hacer resonar en las mentes y en los corazones"<sup>1</sup>. La secularización que algunos se empeñan en presentar como gran logro de la Modernidad, constituye de hecho su lado más oscuro. Lo antirreligioso se ha vuelto contra el hombre. La certeza de que Cristo ha liberado al hombre del pecado, de la fractura interna que él es incapaz de sanarse a sí mismo, es la única que le da la verdadera libertad.

Sería muy largo y prolijo recorrer aquí todo el Magisterio de Juan Pablo II mostrando cómo desarrolla esta realidad, la más profunda que da sentido a la educación humana, y por ende, la que funda el esfuerzo de un católico en la educación, porque es la única en garantizar el realismo antropológico sobre el que fundar la labor formativa<sup>2</sup>. En el encuentro que tuvo con motivo del Jubileo de los profesores y rectores de las Universidades él mismo sintetizó estas claves conforme con el lema de dicho encuentro: "la Universidad para un nuevo humanismo" Sintéticamente:

"Cristo no es el signo de una vaga dimensión religiosa, sino —señala el mismo Papa— *el lugar concreto en el que Dios hace plenamente suya, en la persona del Hijo, nuestra humanidad*"<sup>3</sup>, de ahí que recuerde cómo "el acontecimiento de la Encarnación toca al hombre en profundidad e ilumina sus raíces, su destino, y lo abre a una esperanza que no defrauda"<sup>4</sup>. El nuevo humanismo, por tanto, ha de concretarse en una cultura, en una realidad ante todo educativa. Esto, que a muchos seguramente sorprendió, nos lo pedía el Papa a las mismas instituciones universitarias, entendiendo la educación como

---

<sup>1</sup> JUAN PABLO II. Discurso de los profesores universitarios, 9 de septiembre de 2000.

<sup>2</sup> GARCÍA RAMOS, J.M. (2000) La labor del formador, *Mar Oceana* n° 6.

<sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Ibid.

"función formativa vital"<sup>5</sup> que ha de guiar toda la labor de la universidad, y por extensión, de toda realidad cultural. Nuevo humanismo y educación, por tanto, no sólo van íntimamente unidos, sino que toman de la fe en Cristo su pleno sentido, ya que es Él quien abre el corazón del hombre "al conocimiento de Dios y de sí mismo (...) tocándolo interiormente y curando así "desde dentro" todas sus facultades"<sup>6</sup>. Desarrollaré este aspecto del *camino interior de la pedagogía* en el siguiente apartado.

a) Destacaré, como conclusión de este segundo apartado, *los rasgos esenciales* que el Papa le atribuye. Este nuevo humanismo, *en primer lugar, "debe ser a la medida de la persona"*,<sup>7</sup> lo que significa que el centro de la labor educativa es, ante todo formativo, y no cientificista. Cuando la educación se ocupa, sobre todo, de contenidos científicos, de datos mensurables, y no del sentido último de la realidad, está cayendo en la tentación de un humanismo no plenamente humano. Y no olvidemos que el Papa nos hablaba a los profesores universitarios. "Podríamos preguntarnos qué hombre prepara hoy la universidad"<sup>8</sup>, decía. Si el nuevo humanismo que sana el corazón del hombre no vertebraba la educación, ¿qué tipos de personas estamos educando?, podemos preguntarnos nosotros.

b) De aquí se sigue que, *en segundo lugar, este nuevo humanismo es ante todo un humanismo abierto a lo Trascendente*. El Papa recalcó esta dimensión tanto en su discurso como en la homilía del día siguiente, al comentar el pasaje evangélico que narra la curación del sordomudo. Es una imagen muy gráfica: la cultura que niega la trascendencia es sordomuda, la razón precisa de la fe. "*La fe no brota de las cenizas de la razón*"<sup>9</sup> clamó el Papa recalcando de nuevo cómo el humanismo que necesita el mundo actual debe dar la vuelta a la pretensión moderna de la razón absoluta que ha desembocado en una cultura que duda de la razón y de su capacidad para conocer la verdad. En la apertura a lo Trascendente "residen la verdad y la grandeza del hombre, la única criatura del mundo visible capaz de tomar conciencia de sí, reconociéndose envuelta por el misterio supremo al que la razón y la fe juntas dan el nombre de Dios"<sup>10</sup>.

---

<sup>5</sup> Ibid.

<sup>6</sup> JUAN PABLO II. Homilía 10 de septiembre de 2000.

<sup>7</sup> JUAN PABLO II. Discurso a los profesores universitarios, 9 de septiembre de 2000.

<sup>8</sup> JUAN PABLO II. Homilía 10 de septiembre de 2000.

<sup>9</sup> JUAN PABLO II. Discurso a los profesores universitarios, 9 de septiembre de 2000.

<sup>10</sup> Ibid.

c) Un nuevo humanismo que contempla la cultura centrada en la persona, concibe así también a la sociedad. *Los derechos inalienables de la persona, con las exigencias éticas que éstos plantean en la relación hombre-sociedad-Estado, conforman el tercer rasgo* de este nuevo humanismo. Porque el hombre es libre sólo en la medida en la que la verdad le hace libre, en la medida en la que Dios le da su plena libertad. El nuevo humanismo exige la proclamación de la ley moral natural, recuerda el Papa, por encima de relativismos éticos o de formalismos democráticos. "Es urgente que trabajemos para salvaguardar plenamente el verdadero sentido de la democracia, auténtica conquista de la cultura"<sup>11</sup>. Nada menos que de "preocupantes" calificó las tendencias que reducen la democracia a meros procedimientos o que someten las decisiones morales al juego de las mayorías.

Todo esto tiene una clara repercusión educativa, tanto en los modos de educar, como en los contenidos de la educación, y desde luego en el ejercicio mismo del derecho a la educación, cuando el Estado puede estar usurpando con su ejercicio, parcelas que corresponden al ámbito mismo de la libertad de las personas y las familias.

d) *Por último, quisiera recoger otra dimensión, la cuarta, de ese nuevo humanismo que el Papa desarrolló en ese encuentro: "la necesidad de que las ciencias del hombre y las de la naturaleza vuelvan a encontrarse"*<sup>12</sup>. La necesidad de devolver al saber una concepción unitaria, lejos de suponer un peligro para la formación en la libertad y en la comprensión mutuas, es su verdadera y única garantía. La fragmentación y la desconfianza en el conocimiento son el mayor peligro para el progreso humano y la estabilidad de los sistemas democráticos y de libertades con que nos gobernamos.

Me parece que el perfil que esbozan estos cuatro rasgos aquí apuntados –que *"debe ser a la medida de la persona"*, que ha de ser un humanismo abierto a lo Trascendente, que coloca a la persona como centro de la sociedad y que favorece la concepción unitaria del saber– arroja suficiente luz sobre las indicaciones educativas concretas para el hombre del Tercer Milenio, que expondré brevemente en el siguiente apartado. Los retos que nos plantea el nuevo ambiente social y cultural, a mi modo de ver, exigen un giro antropológico radical, o con una expresión que quizá lo exprese mejor, un giro "cordial".

---

<sup>11</sup> Ibid.

<sup>12</sup> Ibid.

### 3. RETOS DE LA GLOBALIZACIÓN Y SOLUCIONES: HACIA UNA EDUCACIÓN CORDIAL

Es cierto que en los últimos años se ha puesto de moda hablar de la "inteligencia afectiva", de la "educación sentimental" y términos semejantes. Es interesante, y como signo de los tiempos debemos atenderlos. Pero lo que quiero señalar como "educación cordial" es algo más que todo eso. Si Cristo es quien toca el corazón del hombre y lo abre "al conocimiento de Dios y de sí mismo (...) tocándolo interiormente y curando así "desde dentro" todas sus facultades",<sup>13</sup> me parece que el estilo educativo que ha de caracterizar las instituciones católicas, y con más razón en el ambiente globalizador que nos rodea, ha de centrarse en el corazón. Hay un texto del *Catecismo de la Iglesia Católica* que, a mi entender, resume admirablemente lo que hemos de entender por corazón y lo que, por tanto, ha de suponer para el católico centrarnos en el corazón. Dice así:

"El corazón es la morada donde yo estoy, o donde yo habito (según la expresión semítica o bíblica: donde yo "me adentro"). Es nuestro centro escondido, inaprensible, ni por nuestra razón ni por la de nadie; sólo el Espíritu de Dios puede sondearlo y conocerlo. Es el lugar de la decisión, en lo más profundo de nuestras tendencias psíquicas. Es el lugar de la verdad, allí donde elegimos entre la vida y la muerte. Es el lugar del encuentro, ya que a imagen de Dios, vivimos en relación: es el lugar de la Alianza"<sup>14</sup>.

Lo encontramos al inicio de la cuarta parte del Catecismo, la dedicada a la oración, cuando trata de explicar en qué consiste la relación personal e íntima del hombre con Dios. No me cabe la menor duda de que en la medida en la que la educación se dirija a formar ese corazón, ese núcleo y santuario de la persona, en esa misma medida habremos conseguido el fin primero de la educación, que no es otro que el de formar en cada hombre la imagen de su Creador y Redentor.

Nos lo dijo el Papa en su primera visita a España, en el encuentro en la Universidad Complutense: "Ello exige que la *pedagogía de la enseñanza* –subrayo– se base en una imagen coherente del hombre, en una concepción

<sup>13</sup> JUAN PABLO II. Homilía 10 de septiembre de 2000.

<sup>14</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 2563.

del universo que no parta de concepciones apriorísticas y que sepa también acoger lo trascendente. Para los católicos, el hombre ha sido creado a imagen de Dios y está llamado a trascender el universo"<sup>15</sup>.

Releyendo la obra de Saint-Exupery que se considera testamento espiritual, *Ciudadela*, obra que quedó inconclusa tras su extraña desaparición el 31 de julio de 1944 cuando sobrevolaba el Mediterráneo, podemos extraer alguna conclusión que nos ayude.

El carácter particular de la obra permite muchas lecturas, y de todas sus páginas se pueden extraer ideas más que interesantes para el debate y la aplicación educativa. Y también como denuncia del riesgo de la globalización: "Prohíbo a los mercaderes alabar demasiado sus mercaderías. Porque se convierten pronto en pedagogos y te enseñan como fin lo que por esencia es un medio, y al engañarte así acerca del camino que seguir, te degradan; porque si su música es vulgar, te fabrican para vendértela, un alma vulgar"<sup>16</sup>. Frente a esta venta del espíritu humano a la satisfacción de las necesidades ficticias que lo reducen y mutilan, *la nueva educación ha de dar a la globalización la tensión que necesita para que suponga una verdadera comunión de las personas*. Lo expresa a lo largo del libro en numerosas ocasiones, precisamente cuando expresa el modo en que quiere organizar su ciudad, a la que compara con frecuencia con un navío o con un templo: "¡bien he comprendido que el espíritu Señor, domina la inteligencia! Porque la inteligencia examina los materiales, pero solamente el espíritu ve el navío"<sup>17</sup>. Abrir el corazón humano para la comprensión de su vocación, en comunión con los demás hombres y con Dios, es la única globalización verdaderamente humana, la que integra a todos y busca la perfección de cada uno.

Teniendo esto en cuenta, me atrevo a apuntar *cinco rasgos básicos* que perfilan ese estilo "cordial" al que me he referido y que he visto muy presente en esta obra póstuma de Saint-Exupéry.

a) *El primero* de ellos se sigue inmediatamente de la idea con que he presentado al autor: *el genuino futuro global va a ser de los humanistas*, esto es, de quienes sepan buscar y descubrir el fundamento sólido y firme de los valores, que es el que permite el diálogo sereno y profundo. No hay respeto

---

<sup>15</sup> UCM. 3 de noviembre de 1982.

<sup>16</sup> SAINT-EXUPÉRY, A. (1997) *Ciudadela*, P. 180 (Barcelona).

<sup>17</sup> SAINT-EXUPÉRY, A. (1997) *Ciudadela*, P. 369 (Barcelona).

del hombre sin la defensa de la certeza de su dignidad. Y esto no es una certeza física o matemática. Es una certeza moral, que supera los límites de la razón inmanente. Los integristos o los relativismos que surgen por doquier como reacción a la globalización sólo pueden contestarse desde un punto firme: el hombre es sujeto de derechos y de deberes.

El estilo educativo que sugiere Saint-Exupéry incide en lo mismo. "Toma ese salvaje. Puedes aumentar su vocabulario y se cambiará en inagotable charlatán. Puedes llenarle el cerebro con la totalidad de tus conocimientos; ese charlatán se convertirá en oropel y pretensión. (...) Porque había sólo un regalo para hacerle, que poco a poco olvidas. Y era el uso de un estilo. (...) Enséñale a actuar antes de confiarle sobre qué actuar"<sup>18</sup>. Cuando se educa sobre la certeza de lo que es el hombre y su dignidad se está enseñando el más sublime de los estilos de vida. En caso contrario podemos instruir en contenidos, que no tendrán puntos sólidos de referencia y que, inevitablemente, se convertirán en semilla de relativismo o de integrista, en verdades que caminen por sí solas, pero sin el "estilo" del que nunca debieron prescindir.

b) Frente a la globalización, *en segundo lugar, la educación ha de proponer ámbitos de pertenencia y de vida*. Va muy unido con lo que acabamos de decir. El corazón humano necesita ser educado desde la experiencia vital, no desde la asepsia fría y lejana. "Porque he descubierto una gran verdad. Las personas, los conocimientos, las cosas, las relaciones humanas tienen sentido para mí en la medida en la que formen parte de mi universo afectivo. Hay toda una pedagogía de la vivencia que hemos descuidado con frecuencia pensando sólo en la necesidad de los contenidos. No quiere esto decir ni que los contenidos no sean necesarios, ni que sea cada quien el encargado de dar el sentido a la realidad. Pero es evidente que el sentido de la realidad ha de ser integrado en el universo del corazón humano para ser valorada como tal realidad.

Hay una pedagogía de la vivencia que es la que conduce a la ilusión por aquello que se recibe, y que no podemos confundir con una falsa absolutización de lo parcial como universal. No se trata de hacer de la experiencia la categoría de verdad, sino descubrir el camino del corazón del hombre en todas las vivencias esencialmente humanas.

---

<sup>18</sup> SAINT-EXUPÉRY, A. (1997) *Ciudadela*, P. 320 (Barcelona).



c) Con lo que llegamos al *tercer rasgo: frente a la organización racionalista, atender el anhelo del corazón*, o lo que es lo mismo, frente a un orden externo y frío, desvelar las inquietudes profundas del ser humano, de su corazón. Hay unas páginas en *Ciudadela* en las que el autor muestra con claridad cómo el aparente desorden que supone que cada uno realice su propia vocación lleva a la plena realización no sólo de cada uno, sino a la formación de una comunidad más coherente y humana. Porque cada hombre tiene en sí la vocación de eternidad que Dios le ha puesto en el corazón. No es un mero ejecutor de funciones de un mecanismo social o económico. Si alguien es capaz de despertar ese anhelo de eternidad y hacerlo consciente y vivo, se manifestará también la necesidad que tenemos todos de la comunión con los demás. El alma humana tiene en sí la huella de la comunión que se da entre las Personas de la Trinidad. La educación tiene que ser reflejo de esa comunión. "Se equivoca el que crea un orden de superficie, sin dominar desde una altura suficiente para descubrir el templo, el navío o el amor, y en lugar de un orden verdadero, funda una disciplina de gendarmes donde cada uno tira en el mismo sentido y adelanta el mismo paso"<sup>19</sup>.

Atender, pues el anhelo del corazón supone permitir el más humano de los ámbitos de vivencia que nos harán comprender el sentido último de las cosas. Utiliza Saint-Exupéry una imagen que me parece insuperable, en la que contraponen el ganar tiempo para adquirir cultura por un lado, con la "pérdida" de tiempo en la vivencia personal. Y es que muchas veces "ganar tiempo" lo que realmente supone es "perder cultura", porque cuando tenemos tiempo lo que podemos hacer es solamente adquirir conocimientos, "ejercicio vacío, sin densidad" lo denomina. Educar a alguien no es darle conocimientos, es entregarse a él y "perder tiempo" con él para atender el anhelo del corazón. Tener tiempo, no significa necesariamente realizarse mejor, sino vivir desde el corazón. Y no me cabe la menor duda de que éste es otro de los retos evidentes de la cultura que nos envuelve.

d) El *cuarto de los aspectos* guarda una estrecha relación con esto último. *No se posee una mejor cultura teniendo realidades, sino dándose uno desde el corazón*. Lo mismo que tantas veces hemos oído, entre otros, al Papa: la contraposición entre la cultura del tener y la cultura del ser. Si la persona es un ser que se perfecciona en la medida en la que se entrega, podemos contrapo-

---

<sup>19</sup> SAINT-EXUPÉRY, A. (1997) *Ciudadela*, P. 189 (Barcelona).

ner la cultura del tener a la cultura del dar. Son infinidad las páginas en las que Saint-Exupéry plasma esta idea, y no puedo detenerme en todas ellas. Señalaré una idea que me parece especialmente relevante en una sociedad en la que se habla con toda impudicia de "productos culturales" y de "mercado del ocio". Muchos de nuestros contemporáneos corren el riesgo de convertir su vida en la suma de lo que él llama "dos partes inaceptables: un trabajo que es servicio obligado al que se rehusa el don de sí mismo, y un ocio que no es más que una ausencia"<sup>20</sup>. Educar en el don de sí es, por tanto, una urgencia. La dinámica de la globalización ha generado en nuestro alrededor una infinidad de oportunidades de evasión que no son creadoras de sentido, que alienan el corazón humano. Es lógico, es la consecuencia de una pedagogía surgida de las manos de los mercaderes, como denunciaba al inicio de este apartado. Los católicos tenemos en este sentido un reto, pero también la oportunidad de un profundo examen de conciencia.

Ya digo, sin pretender reducir todo el problema a esta cuestión, no cabe la menor duda de que a lo mejor no hemos sabido proponer la cultura del darse como la que de verdad colma los anhelos del corazón, y vemos cómo los hombres intentan hacerlo con los mercaderes. Ha habido quien ha bautizado los centros comerciales como las catedrales modernas, a lo mejor no le falta razón. Y entonces la gente no "nace en toda su grandeza".

e) La gran diferencia entre unos y otras es que sólo en el interior es posible encontrarse a uno mismo. Dios es la medida del hombre. De modo que, como *último rasgo* de este estilo educativo que hace frente al desafío de la cultura actual, nos queda insistir en la *vida interior frente a la dispersión*. Buena parte de los síntomas ya habían sido vistos y analizados, más o menos en los mismos años que Saint-Exupéry, por García-Morente. Se puede leer al respecto su *Ensayo sobre la vida privada*<sup>21</sup>, y veríamos con asombro cómo la sociedad de este fin de siglo ha ido acentuando defectos que en las primeras décadas ya denunciaron estos pensadores. Por no dispersarme más, me limitaré aquí al texto de *Ciudadela*. A la vez que leía este párrafo pensaba en los innumerables espacios que en los medios de comunicación se da a la llamada prensa del corazón, y que tan poco tiene que ver con la prensa, con lo que aquí hemos llamado el corazón, y con lo humano, en definitiva:

---

<sup>20</sup> SAINT-EXUPÉRY, A. (1997) *Ciudadela*, P. 175 (Barcelona).

<sup>21</sup> SAINT-EXUPÉRY, A. (1997) *Ciudadela*, P. 85 (Barcelona).

"Se me ocurrieron reflexiones sobre la vanidad. Porque siempre se me presentó no como un vicio, sino como una enfermedad. Y en aquella que he visto conmoverse por la opinión de la multitud y corromperse en sus pasos y en su voz, a causa de que se transformaba en espectáculo, y le causaban satisfacciones extraordinarias las palabras pronunciadas a su respecto, en aquella cuya mejilla se encendía porque se la miraba, veía una cosa diferente a la estupidez: la enfermedad. Porque, ¿cómo satisface por causa de los otros si no es por amor o don a los otros? (...) Ésos, los vanidosos, afirmo que han cesado de vivir. Porque, ¿quién se muda en algo más grande, si primero exige recibir?"<sup>22</sup>.

Vemos cómo el "estilo" educativo conforma toda una unidad: el rechazo de la dispersión es posible cuando se vive pendiente del corazón, del darse a los demás, de vivir la realidad con plena coherencia porque es el ámbito en el que crece mi interior. Me parece que éste es el gran reto que nos plantea la globalización a quienes tenemos la tarea de la educación.

#### 4. CONCLUSIÓN

Concluyo así. Puede ser que alguno crea que el reto de la globalización exige soluciones más concretas, quizá casi políticas. Seguramente. De todos modos considero que cualquier disposición práctica será siempre sierva de un estilo. Y si ese estilo no es el que me he atrevido a perfilar aquí, los problemas de fondo permanecerán intocados. Entiendo que cuando la sociedad y la cultura se enfrentan a unos desafíos desconocidos hasta el momento, sobre todo por la rapidez con que surgen y por la intensidad de los medios con que cuentan, urge más que nunca dar este corazón humano a la educación. Porque los desafíos los solucionan los hombres. Según sea su "estilo" así serán las soluciones que den a los problemas. Concluyo con una última cita de *Ciudadela*, que resume admirablemente todo lo dicho:

"Por esto hice venir a los educadores y les dije: No estáis encargados de matar al hombre en los pequeños, ni de transformarlos en hormigas para la vida en el hormiguero. Porque poco me importa que el hombre esté más o menos colmado. Lo que me importa es que sea más o menos hombre. No

---

<sup>22</sup> SAINT-EXUPÉRY, A. (1997) *Ciudadela*, P. 158 (Barcelona).

pregunto primero si el hombre será o no feliz, sino qué hombre será feliz. (...) No los llenaréis de conocimientos muertos. Sino que les forjaréis un estilo para que puedan salir. (...) Lucharéis contra los lazos del hombre con los bienes materiales. (...) Les enseñaréis la meditación y la plegaria porque con ellas se dilata el alma. Y el ejercicio del amor. Porque, ¿quién lo reemplazaría? Y el amor de sí mismo es lo contrario del amor. (...) Enseñaréis el gusto por la perfección, porque toda obra es una marcha hacia Dios.”<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> SAINT-EXUPÉRY, A. (1997) *Ciudadela*, P. 94 (Barcelona).